

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

1. Planteamiento del problema humano

de Luigi Giussani*

EXPERIENCIA DE LO HUMANO

Después de tanta convivencia con Jesús, después del desastre del Calvario y del misterio de la Pascua, los Apóstoles aún habían comprendido muy poco de Él. En efecto, todavía le preguntan que cuándo establecería el reino de Israel¹, tal y como lo entendían todos entonces, un reino de supremacía terrena y política; ¡y faltaban pocas horas para su ascensión a los cielos!

Si aún no le habían entendido, ¿por qué le seguían? Pues había entre ellos personas que habían dejado mujer, hijos, casa, barcas y redes, oficios, negocios. ¿Por qué le seguían?

Porque Cristo se había convertido en su centro afectivo.

¿Cómo podía ser eso?

Cristo era *el único* en cuyas palabras se sentía comprendida toda su experiencia, sus necesidades se veían tomadas en serio y sacadas a la luz cuando estaban inconscientes y confusas; por ejemplo, aquellos que creían no tener más necesidad que el pan comenzaban a entender que «no solo de pan vive el hombre»².

Cristo se les presenta precisamente así, como *Alguien* que sale sorprendentemente a su encuentro, que les ayuda, les explica sus problemas, les cura aunque estén incluso lisiados o ciegos, hace bien a su alma, responde a sus exigencias, está dentro de su experiencia... Pero, ¿cuáles son sus experiencias? Sus experiencias, sus necesidades y sus exigencias son ellos mismos, aquellos hombres concretos, su humanidad misma.

Cristo llega, pues, justamente aquí, a mi situación de hombre, de uno, por tanto, que espera algo porque siente que le falta todo; se ha puesto a mi lado, se ha presentado como respuesta a mi necesidad original.

Para encontrar a Cristo debemos ante todo plantearnos seriamente nuestro problema humano.

Primero de todo tenemos que abrirnos a nosotros mismos, es decir, darnos cuenta vivamente de nuestras experiencias, mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros. Debemos tomar en consideración lo que verdaderamente somos. Considerar significa tomar en serio lo que sentimos, *todo*; descubrir *todos* sus aspectos, buscar *todo* su significado.

Hay que estar muy atentos porque demasiado fácilmente no partimos de nuestra verdadera experiencia, es decir, de la experiencia completa y genuina. En efecto, a menudo identificamos la experiencia con impresiones parciales, reduciéndola así a una caricatura, como sucede frecuentemente en el campo afectivo, al enamorarse o soñar con el porvenir.

Y, más a menudo todavía, confundimos la experiencia con los prejuicios o con los »

¹ Cf. Hch 1,6.

² Mt 4,4; Lc 4,4.

* «Huellas de experiencia cristiana» en *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 1997, pp. 59-64.

» esquemas quizá inconscientemente asimilados del ambiente que nos rodea. De ahí que en vez de abrirnos con esa actitud de espera, de atención sincera, de dependencia, que la experiencia nos sugiere y exige profundamente, le imponemos a la experiencia categorías y explicaciones que la bloquean y angustian, presumiendo de comprenderla. El mito del «progreso científico que resolverá un día todas nuestras necesidades» es la fórmula moderna de esta presunción, una presunción salvaje y repugnante: no considera nuestras auténticas necesidades, ni siquiera sabe en qué consisten; se niega a observar la experiencia con mirada clara, y a aceptar todo lo que exige lo humano. Por eso la civilización de nuestros días hace que nos movamos ciegamente entre esta exasperada presunción y la más oscura desesperación.

SOLEDAD

Una sugerencia importantísima nos viene de la situación de los apóstoles que describen los versículos 9-11 del capítulo primero de los Hechos. Cristo se ha ido, y ellos permanecen allí, parados, con la boca abierta —su esperanza se les ha ido—; descendiendo entonces sobre ellos la soledad como lo hacen sobre la tierra la oscuridad y el frío en cuanto el sol se pone. Cuanto más descubrimos nuestras exigencias, más cuenta nos damos de que no las podemos satisfacer nosotros mismos, ni tampoco pueden los demás, hombres igual que nosotros. El sentido de *impotencia* acompaña a toda experiencia sería de humanidad.

Y es este sentido de impotencia lo que engendra la *soledad*. La verdadera soledad no proviene tanto del hecho de estar solos físicamente cuanto del descubrimiento de que nuestro problema fundamental no puede encontrar respuesta en nosotros ni en los demás.

Se puede perfectamente decir que el sentido de la soledad nace en el corazón mismo de cualquier compromiso serio con la propia humanidad. Puede entender bien esto todo aquel que haya creído haber encontrado la solución a una gran necesidad suya en algo o en alguien; pero luego esto desaparece, se va, o se revela incapaz. Estamos solos con nuestras necesidades, con nuestra necesidad de ser y de vivir intensamente. Como uno que está solo en el desierto: lo único que puede hacer es esperar a que alguien llegue. Y la solución no vendrá ciertamente del hombre; porque lo que se trata de resolver son precisamente las necesidades del hombre.

COMUNIDAD

Los apóstoles volvieron del lugar donde Cristo había ascendido al cielo y permanecieron juntos³.

El que verdaderamente descubra y viva la experiencia de la impotencia y de la soledad no está solo. Más aún, físicamente, todo el que tiene experiencia de la profunda impotencia humana y, por tanto, de la soledad personal, se siente cercano a los demás, se estrecha fácilmente con ellos, como gente perdida y sin refugio en medio de una tormenta. Su grito lo siente como el grito de todos, y su ansia y espera como el ansia y la espera de todos.

Solo el que tiene verdadera experiencia de la impotencia y de la soledad está con los demás sin cálculo ni dictadura, pero al mismo tiempo sin pasividad, sin gregarismo, sin doblegarse ni convertirse en esclavo de la sociedad.

Un hombre solo se puede decir seriamente comprometido con su experiencia humana cuando siente esta comunidad con los hombres —comunidad sin fronteras y sin selección, comunidad con todos y cada uno— porque vive el compromiso con lo más profundo que hay en nosotros y, por tanto, con lo que tiene en común con todos.

Un hombre está verdaderamente comprometido con su experiencia humana cuando »

³ Cf. Hch 1,12-14.

» al decir «yo» lo vive tan sencilla y profundamente que lo siente fraternalmente solidario con el «yo» de cualquier otro hombre.

En general, la respuesta de Dios alcanzará solo al hombre que está comprometido de este modo.

Conviene, en seguida, señalar que esta solidaridad con toda la humanidad se produce, de hecho, viviendo en un ambiente determinado. En los Hechos de los Apóstoles la comunidad de los apóstoles surge también en una situación (o *ambiente*)⁴ muy concreta. No escogieron ellos los lugares ni las personas; se encontraron dentro casi por casualidad; y toda su vida dependerá de esto⁵.

Así es como nuestra humanidad personal brota también, tomando forma y alimentándose en un *ambiente* bien concreto: nos encontramos dentro de él, no lo escogemos nosotros.

La atención que pongamos a comprender todo el ambiente, el ofrecimiento de nuestro sentido de comunidad hacia todas las personas del ambiente, es lo que mide la apertura real de nuestro compromiso humano, coincide con la sinceridad de nuestro compromiso con toda la humanidad. No nos toca a nosotros excluir a nadie de la experiencia de nuestra vida humana; la elección le pertenece solo a Dios, que la realiza con la situación en que nos coloca. Lo contrario sería intimismo nuestro, abuso de un esquema preconcebido por nosotros.

AUTORIDAD

Pedro, el tipo más representativo de la comunidad, se levanta y habla. Y le siguen⁶.

En nuestro ambiente existen de hecho personas que tienen mayor sensibilidad para vivir una experiencia de humanidad, que desarrollan *de hecho* una mayor comprensión del ambiente y de las personas que hay en él, que provocan *de hecho* más fácilmente un movimiento comunitario. Estos viven nuestra experiencia más intensamente, más comprometidos; cada uno de nosotros se siente mejor representado en ellos; estando ellos, uno se siente más a gusto codo con codo con los demás, en comunidad.

Reconocer este fenómeno es tener lealtad hacia uno mismo y hacia la propia humanidad; es un deber de sabiduría.

Pero el encuentro con alguien que siente y comprende más mi experiencia, mi sufrimiento, mi necesidad, mi espera, me lleva naturalmente a *seguirle*, a hacerme su *discípulo*, debido a esa humanidad que, al descubrirnos impotentes y solos, nos empuja a reunirnos.

En este sentido tales personas constituyen naturalmente para nosotros una *autoridad*, aunque no estén condecorados con derechos o títulos. De forma natural se convierte primero en autoridad el que más lealmente comprende o vive la experiencia humana.

La autoridad brota así como una riqueza de experiencia que se impone a los demás, que produce novedad, estupor y respeto. Hay una atracción inevitable en ella. Tiene un energético poder de sugerencia. No valorar la presencia de esta *autoridad de hecho*, de la que el Ser siembra todo ambiente, es tacañería que refleja nuestras propias medidas. Cuando los judíos decían de Cristo: «Este sí que tiene autoridad», abandonaban los planteamientos de los fariseos, y le seguían.

El encuentro con esta autoridad natural educa nuestra sensibilidad y nuestra conciencia, nos hace descubrir mejor de qué estamos hechos y a qué aspiramos desde el fondo de nuestra actual indigencia. »

⁴ Cf. Hch 1,13

⁵ Cf. Hch 1,21-26.

⁶ Cf. Hch 1,15-22.

»

ORACIÓN

El versículo 14 del capítulo 1 de los Hechos nos muestra a la comunidad de los apóstoles esperando lo que Cristo había prometido, toda ella «perseverante en la oración».

El hombre que descubre su impotencia solo vive la comunidad y siente la «convivencia» con los otros cuando *presiente algo, más allá* de su situación, capaz de resolverla. La comunidad surge únicamente allí donde hay un *esperar juntos* (también el hombre y la mujer que verdaderamente se quieren tienen ese presentimiento inextirpable; de lo contrario no están juntos seriamente).

Nuestras experiencias, tomadas verdaderamente en serio, llevan consigo sufrir, descubrirse cargados de necesidades, de problemas sin solucionar, de dolor, de ignorancia; verdaderamente tomadas en serio, inexorablemente exigen algo «distinto», algo «fuera» de lo común: tienen, por tanto, una auténtica dimensión religiosa.

Nuestras experiencias, tomadas en serio, son una auténtica *profecía* (espera, esperanza...) de lo que todavía no se tiene.

El *sentido* de todas nuestras experiencias: he aquí lo que todavía no tenemos. Y todos lo esperamos, quizá inconscientemente.

Si esta espera es auténticamente consciente –consciente de la inexorable incapacidad humana y de la sugerencia inexorable de la naturaleza–, entonces se convierte forzosa-mente en *oración*, oración al «Otro» misterioso que me podrá ayudar a resolver; oración a ese Dios que, puesto que Él mismo hace surgir la petición, Él dará la respuesta.

La oración es, por tanto, simple petición, el acto más sencillo para todos y más sentido por todos, el acto más fundamental de la conciencia humana, el acto más concreto que existe.

Reza el que es más realista, quien considera más seriamente su experiencia humana.

Y es *petición hecha juntos, en común*. Nuestra impotencia para ser felices constituye el descubrimiento de lo que tenemos más en común con todos los demás: la impotencia es efectivamente lo más humano que hay en cada uno.

Entonces, también el planteamiento de esperar que ese «Otro» nos ayude es algo de todos juntos, es comunitario por naturaleza, de modo que nadie puede adoptarlo verdaderamente sin sentirse «un solo corazón»⁷ con todos.

Recordamos que se pueden enviar preguntas y testimonios a la web
<http://eventi.comunioneliberazione.org/gcontributi/>

⁷ Hch 4,32.